

dor se desprende de las páginas finales del libro del señor Menéndez como un guiñapo humano, que no concita compasión ni lástima sino sarcasmo e ironía.

El señor Menéndez debe estar ampliamente satisfecho de este fruto ópimo de su maduro talento,

que, repetimos, ofrece jugos a sustancia a los investigadores para conocer a Santa Anna en el principio de sus andanzas, como hombre público, como sujeto de experimentación psicológica o simplemente como individuo.

(Continuará)

FENOMENOLOGIA DE LA PERSONALIDAD

P o r S A M U E L R A M O S

(Concluye)

III

La personalidad como valor.

LA tendencia de la voluntad hacia los valores, ya sea con el fin de realizarlos o simplemente como un amor a todo lo que hay de valioso en la vida para participar de ello, es la actitud que transforma al individuo en una personalidad. Pero a su vez la personalidad aparece como un valor nuevo que se diferencia de los valores que la condicionan, tanto por su calidad o materia, cuanto por su rango en la escala valorativa. Distínguese desde luego, de los valores restantes, en que es un valor que sólo a un individuo puede pertenecer. Considerada como un valor no se puede hablar de la personalidad en general, sino de personalidades singulares distintas unas de otras. Así la personalidad puede ofrecerse al conocimiento en estado de valor puro, e indiferente a su realidad o no realidad en el carácter del sujeto. En este sentido la personalidad se presenta como un ideal, al que el esfuerzo del individuo se aproxima más o menos, pero sin que su carácter real logre casi nunca coincidir con él. Hay pues un "carácter empírico", — dando a la terminología de Kant un sentido distinto al original, — y un "carácter inteligible" que representa en este caso, una idea, un arquetipo de lo que el individuo debe ser. Esta dualidad, presente en todos los sujetos, entre su carácter real e ideal nos permite comprender

que la personalidad no es como pudiera suponerse una estructura espiritual en reposo, sino más bien, un proceso en desarrollo infinito que se mueve en dirección a una meta casi nunca alcanzada.

De las ideas que se han afirmado aquí para definir la esencia de la personalidad, podría derivarse, con cierta lógica, la conclusión de que no es un solo valor singular, sino un compuesto de valores generales. Esta tesis no es del todo inexacta, pues, en efecto, se encuentran en cada una de las personalidades concretas, valores que no pertenecen en exclusiva a ellas, y que por lo tanto no son singulares en sí. Sólo que es preciso advertir que el valor singular de la personalidad radica justamente en la composición de los diversos valores generales. Podríamos decir, que como en el fenómeno de la combinación química, de la reunión de una pluralidad de valores, surge uno distinto, que ciertamente los contiene a todos, pero que es algo nuevo frente a ellos. La relación de la personalidad con el valor debe aún comprenderse en otro sentido. Cada individuo tiene un *ethos* particular, que consiste en un sistema único de preferencia respecto a los valores. En sus gustos, en sus simpatías, en sus repugnancias, en sus reacciones hacia todo cuanto le rodea, actúa por modo constante una misma manera de preferir y rechazar, que es única en cada individuo. Esas tendencias valorativas tienen una influencia decisiva en el carácter, y son nada menos las que le imprimen el sello de la personalidad. Para el caso no importa que el origen de esas tendencias se remonte a otros factores como la raza, el temperamento, el ambiente social e histórico, etc.,

porque su acción, puramente negativa, se reduce a limitar el campo de visión del mundo de los valores, sin alterar por ello la objetividad de los mismos. En otras palabras, para alejar la sospecha siempre amenazante del subjetivismo, cada individuo tiene una sensibilidad propia a los valores, de manera que sólo un grupo limitado influye en su conciencia, mientras que es indiferente a los que restan. Esto basta para definir la personalidad, como un *ethos* individual, es decir, como una manera única de preferir y rechazar los valores. Pero de aquí surge un nuevo problema en lo concerniente al valor ético de la personalidad. Desde las primeras líneas de este estudio hemos declarado que la personalidad es sobre todo un valor ético. Ahora bien, si ella descansa en el hecho de que cada individuo puede elegir los valores de acuerdo con un criterio propio, entonces, proceder conforme a normas generales de preferencia es contrariar la ley misma de la personalidad; ¿cómo pues es posible respetarla sin violar al mismo tiempo la jerarquía objetiva de los valores, supuesto necesario de un orden ético? Si esta violación tiene que producirse fatalmente, entonces, al contrario de lo que hemos afirmado, la personalidad debe respetarse como un hecho in-moral. Mas la antinomia que aquí se nos plantea, es sólo aparente y se resuelve pensando con mayor atención en las circunstancias efectivas que median en el acto de elegir. Aun cuando la tabla de valores, postulados de toda ética, dista mucho de ser conocida de un modo cabal, hay razones para suponer que no está constituida sólo por un ordenamiento vertical, sino también en otros sentidos, de manera de integrar un sistema multidimensional, como le llama Hartmann. Esto significa que si por una parte hay una línea ascendente en que los valores se distribuyen por su rango, desde los más bajos hasta los más altos, por la otra hay una línea horizontal en la que se colocan valores del mismo nivel, pero de diferente materia. Traducido esto a un lenguaje más concreto quieré decir que en las situaciones reales, los individuos pueden encontrar varias maneras, igualmente válidas, de resolver el conflicto moral, pues como dice un proverbio, "por muchos caminos se llega a Roma". La realidad es tan compleja y tan rica que ofrece siempre un amplio margen para que la personalidad se ejercite. Ante las mismas circunstancias varios individuos pueden reaccionar cada uno en forma diversa y ser igualmente justas todas las soluciones. Por otra parte, si la tabla de valores fuera plenamente conocida hasta en sus pormenores, como sucede en el campo jurídico con las leyes escritas, la conducta moral se convertiría en el ajuste casi mecánico con

preceptos ya de antemano conocidos. Afortunadamente en muchos de sus aspectos esa tabla está rodeada de una vaguedad e indeterminación, que hace de la decisión moral un constante riesgo de equivocarse. En esta incertidumbre, abstenerse es cobardía y el hombre debe probar su voluntad, aceptando la responsabilidad de las consecuencias; es pues la mejor ocasión de manifestar la personalidad. La experiencia enseña que a cada momento se presentan ocasiones favorables al desarrollo de la personalidad, pero describirlas aquí una por una, sería penetrar en un terreno casuístico que es impropio de la filosofía moral, cuya misión se detiene en la definición de principios.

Una de las características de los valores morales es la universalidad. ¿Cómo entonces puede calificarse de moral un valor que siendo singular no vale sino para un individuo? Es que la individualidad del valor no contradice su universalidad, pues resulta evidente que la personalidad es válida para todo sujeto capaz de percibirla. Sería absurdo negar su validez, porque no todo el mundo puede comprenderla; es como si se afirmara que la verdad de una proposición matemática depende del número de hombres que la comprenden. La universal validez no implica que todos los hombres puedan comprenderla, sino que cualquier hombre preparado, comprenderá y reconocerá dicha validez. En este mismo caso se encuentran las obras de arte. El valor estético es el valor de un solo objeto, cuadro, poema, que no pierden su universalidad aun cuando muy pocos sean capaces de sentirla. Hartmann sostiene la hipótesis de que en la esfera puramente ideal, los valores de personalidad no son individuales, de manera que su singularidad concreta dependería de una limitación de la realidad que no permite actualizarlos sino a un solo individuo. Estrictamente hablando, no sería pues la personalidad un valor individual, sino el valor de un solo individuo.

Ninguna objeción hasta hoy ha podido destruir una de las verdades quizá más arraigadas en la conciencia moderna: que la personalidad es un valor moral. La incorporación de este valor al seno de nuestra cultura es una de las obras más importantes del Renacimiento, que afirma por primera vez la personalidad humana como un valor autónomo. Kant hace de la personalidad el fin supremo de la conducta ética, pero su doctrina, que hace consistir la personalidad en la realización de un valor general humano, la Razón, es en el fondo una negación de la personalidad. De cualquier modo, a partir de Kant, la personalidad se convierte en uno de los temas dominantes de la ética. En multitud de pensadores aparece como el concepto central de sus especulaciones morales.

Entonces, si la personalidad es un valor moral, surge esta consecuencia forzosa: *la personalidad es un deber*, una responsabilidad para cada individuo. Mas esto crea un conflicto nuevo con las ideas anteriormente expuestas. Hemos insistido en que la personalidad no puede ser conscientemente buscada, y entonces cabe plantear esta pregunta: ¿cómo si la personalidad escapa a todo esfuerzo voluntario puede imponerse como un deber? Es lógico que sólo *debo* cumplir con lo que *puedo* realizar. Lo que no está en nuestro poder tampoco está entre nuestros deberes. Sin embargo, conociendo la ley del desarrollo de la personalidad, puede lograrse voluntariamente, siempre que se busque por medios indirectos. La personalidad se nos escapa cuando la hacemos el fin inmediato de la acción, pero no si nos colocamos en una actitud mental objetiva y tendemos a realizar otros valores distintos de ella pero que condicionan su aparición. No se tiene que prescindir del ideal de la personalidad que es una de las normas fundamentales para la moral y la educación, pero sí estas disciplinas deben formular sus técnicas de acuerdo con un conocimiento preciso de los procesos genéticos de la personalidad. Uno de los problemas más difíciles a este respecto es el que se refiere al conocimiento de la personalidad en su forma concreta. Scheler piensa que la personalidad no se da como objeto y, en consecuencia, no es accesible al conocimiento. (1) Como una afirmación encaminada a deprimir un excesivo intelectualismo nos parece buena. Es cierto que la esencia particular de cada personalidad difícilmente se deja reducir a fórmulas puramente intelectuales. Como fenómeno concreto y singular, pertenece al orden de los objetos irracionales. Pero esto no quiere decir que sea refractaria a otros medios de conocimiento. De otro modo ignoraríamos su existencia en absoluto, ni siquiera podríamos hablar de ella. La personalidad en los demás, es algo que se nos revela al conocimiento directo, en una intuición suficiente para darnos la evidencia de ella. Que no todas las clases de personalidad nos sean igualmente accesibles, sino sólo un grupo reducido, es cosa que depende de la constitución mental de cada sujeto. Lo que sí parece manifiestamente imposible es lograr una conciencia exacta de la propia personalidad.

Podemos ver con gran claridad, a veces, la personalidad ajena, pero todos los hombres parecen afectados de una ceguera cuando se trata de la propia. Esta condición extraña se explica, sin embargo, dentro de los principios antes formulados. La personalidad se manifiesta precisamente cuando el sujeto no reflexiona en sí mismo, y vive fuera,

en las cosas externas. Apenas el individuo trata de concentrarse en una reflexión sobre sí mismo, entonces su personalidad se oculta. No queremos afirmar que el conocimiento del propio ser es imposible. Las grandes y las pequeñas personalidades pueden tener auto-conciencia cuando ven, no adentro de sí mismos, sino afuera, en la obra que han realizado y en el reflejo que causa en los demás. Pero entonces se infiere que antes de la obra no se puede conocer la propia personalidad, ni siquiera en la forma de un modelo ideal. Los modelos ideales que tomamos de norma para el desarrollo del propio ser, pertenecen a otros hombres. Este procedimiento encierra, como ya se supondrá, un grave peligro; el de falsear la propia personalidad confundiéndola con la ajena. Por supuesto muchas cosas se pueden aprender, imitar o participar de la personalidad ajena. Esta verdad, es la piedra angular de la educación y en general de todo proceso que tienda a adquirir la cultura. El papel que desempeñan en la historia las personalidades más destacadas en cualquiera región de la cultura, es descubrir nuevos valores, inasequibles directamente a la conciencia común pero que luego se convierten en patrimonio de todos los hombres. Para captar plenamente esos valores es indispensable penetrar en la personalidad ajena, sentir, pensar, amar como ella. Tal vez es el único procedimiento efectivo para adquirir la cultura. Hay que buscar—enseña Scheler—“el modelo valioso de una persona que ha ganado nuestro amor y nuestra veneración. Primeramente ha de sumergirse el hombre entero en un ser integral y genuino, libre y noble si quiere hacerse culto”. En la vida práctica, la norma que más atrae en el sentido de una conducta moral, no son los preceptos abstractos, sino el ejemplo viviente de una persona, que encarna una dirección ética. Así está justificada en lo absoluto una “imitación de Cristo” o de otra persona que se considere maestro supremo de la virtud. Podemos, en suma, participar y vivir de todos los valores genéricos descubiertos por otra persona, menos del valor que le da su originalidad. Aun el contacto con personalidades diversas, es necesario, para hacer surgir la nuestra por contraste. Pero en rigor no existen maestros ni discípulos en personalidad, a menos de desvirtuar su esencia.

Ninguna dificultad puede valer como excusa para descargar a cada hombre de la responsabilidad que tiene de ser siempre en los actos tras-

(1) Scheler. “Esencia y Formas de la Simpatía”. Principalmente el capítulo “Amor y Persona”.

centadales de su existencia, fiel a sí mismo. En la sabiduría de todos los tiempos se ha expresado este imperativo con diversas palabras, desde la frase de Píndaro "sé el que eres". Es la idea de que cada hombre tiene un destino individual que cumplir, so pena de caer en una culpa, que su propia conciencia se encarga de reprocharle. "Cumple con tu destino", es otra expresión frecuente en los pensadores modernos, por ejemplo, Fichte, que encierra la misma intención moral. La norma de la personalidad podría formularse, según Hartmann, de manera semejante al imperativo categórico de Kant en los siguientes términos: "obra de manera que la máxima de tu voluntad no pueda convertirse nunca en ley universal de la conducta". Como esta fórmula, que tan rudamente parece invertir el sentido del imperativo categórico kantiano, no lo excluye, sin embargo, es algo que el lector encontrará demostrado en la obra de Hartmann a que hemos hecho referencia.

Sólo quien tenga una visión unilateral del mundo puede creer en una antinomia irreductible entre los valores generales y los individuales. En el cumplimiento de los deberes más comunes de la vida cabe siempre una oportunidad para poner una nota individual. Sin embargo, existen hombres que, dominados tiránicamente por la obsesión de los valores generales toman empeño en ahogar toda actitud personal. Esta limitación es, en parte, justificable cuando depende de una falta congénita de predisposiciones para adquirir una fisonomía propia. Debe tenerse en cuenta que, tal como está constituido el género humano, la mayoría de los hombres no poseen las condiciones subjetivas requeridas para diferenciarse unos de otros como individuos. En el tipo co-

mún de hombre, la individualidad apenas se dibuja en rasgos muy borrosos. Su conducta está determinada por la imitación social, por impulsos gregarios. Su ética es por completo impersonal y se rige por las fórmulas abstractas del deber que se encuentran en la moral práctica más en uso. Dentro de esta masa indiferenciada, los hombres predestinados a la individuación constituyen una pequeña minoría. Ellos se muestran inconformes con los lugares comunes de la moralidad y tratan de distinguirse en todas sus acciones. Por su puesto si esta tendencia llega hasta el sacrificio de los valores generales, habrá una falta de consistencia interna en su personalidad. Los valores éticos fundamentales deben ser el antecedente incondicional para el desarrollo de una personalidad íntegra.

A los hombres aptos para ser grandes personalidades les toca soportar una gran responsabilidad histórica. Su inconformidad hacia los valores corrientes los predestina a ser creadores de valores nuevos. Una vez que estos valores se objetivan en obras de cultura, entran a pertenecer al dominio público y se vulgarizan. Entonces habrá otros espíritus que huyendo de la vulgaridad, encontrarán nuevos valores, los cuales a su vez se divulgarán entre los hombres, y así sucesivamente hasta el infinito. Hay que pensar que los valores generales de hoy fueron excepcionales ayer, y sólo comprendidos y amados por unos pocos. La misión de la gran personalidad es impedir que se estacione el espíritu humano. Socialmente constituye un fermento revolucionario permanente, que por el disgusto hacia los valores establecidos impulsa el movimiento de la cultura descubriendo horizontes siempre nuevos a la aspiración del hombre.

ACABA DE APARECER!

B O L I V A R

PRIMER VOLUMEN DE LA
SERIE
"PENSADORES DE AMERICA"

PRECIO: CINCUENTA CENTAVOS

Agencia de Venta de Libros de la Universidad Nacional.—Justo Sierra, 16. México, D. F.